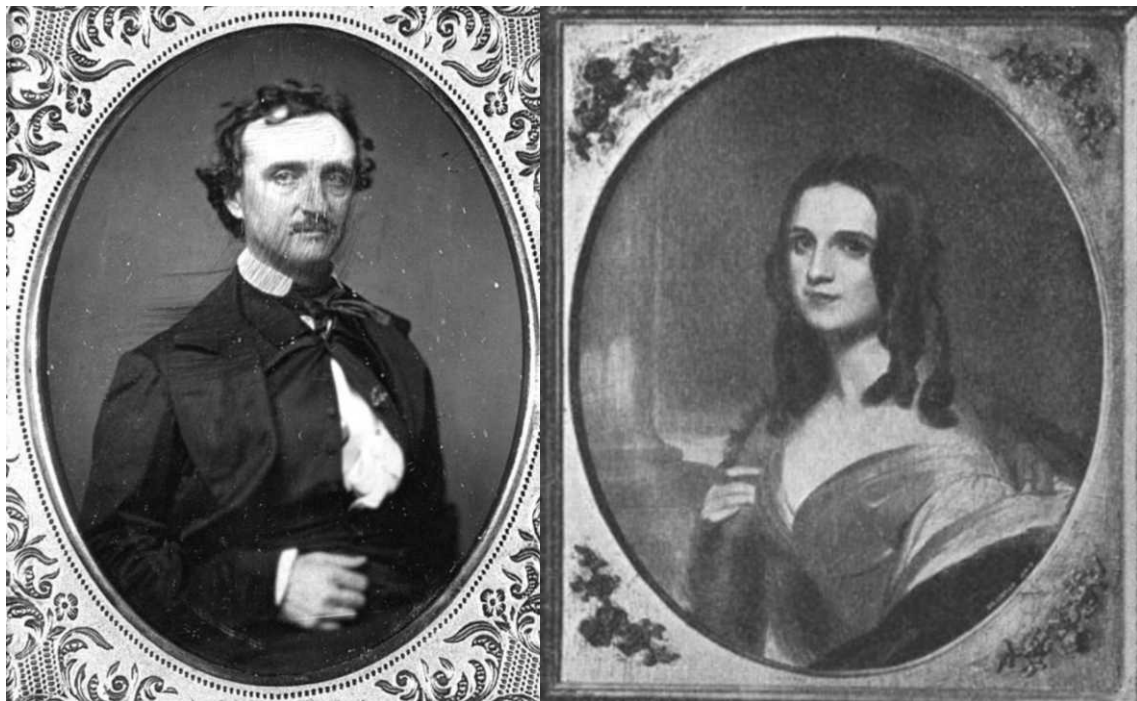


Elegía al amor eterno (Carta de Virginia al POEta)

por Mario Sanfiz



Edgar Allan Poe y su esposa Virginia Clemm

Desde el Más Allá te escribo viviendo mi más frío invierno,
pues a vagar errante los años me han condenado
por el oscuro Tártaro, Hades eterno...
Llorando me hallo con las musas que has abandonado,
mas ellas, rencorosas, te mandan saludos desde el Averno.
Por favor, poeta, ¡sácame de este infierno!

Esta frágil rosa ansía verte
—es guardiana de tu pecado infinito—,
y tu perdón ha implorado sin suerte...
La has abandonado en un jardín de granito
y lentamente se marchita esperando a la muerte.
Respuesta encuentra... mas un simple “¡vete!”

Sé que no soy tu Berenice de sonrisa perlada,
ni tu amada Lenore por el sabio Cuervo visitada.
No soy más que tu pobre Virginia dada muerte
por platónico amor a tus cuentos eternamente.

Te retrataste en Morella y desde entonces te atormentaría.
Negro, negro como tu gato fue aquel fatídico día.
Ella te persigue, pero no ansía ser tu querida,
pues el miedo te brinda y la verdad le es conocida.

Enamorado de la palidez de Ligeia,
Annabel te rechazó y perdiste a Elena.
¿A quién le dedicas ese nuevo poema?
¿Annie o Eleonora? Pobres mujeres...
¡Con tu pluma ya no las recuerdes!
Ellas de ti ya se olvidan,
por fin tienen su vida...

¿Diez mujeres muertas no son suficientes?
Diez retratos en tu memoria sonrientes...
El muerto en esta historia eres tú, poeta,
pues sin musas has perdido tu careta.
Las demás se me compadecen,
pero a olvidarte me convencen...

Compasión de las que me han matado...
¡Tus cómplices! Pese a estar casado...
Extraño mundo este que de opinión me ha cambiado
mientras te escribo, convirtiéndote raudo en odiado.

Comienza aquí nuestro adiós, poeta, desde la otra vida.
En falta me echarás, sí, no lo dudes ni un día...
Por desgracia sé que sigues buscando en vida “otra Virginia”,
mientras a tu amor le has dado por muerte esta insana envidia.

Anima eius requiescat in pace in aeternum.